

ENCÍCLICA*
EN EL NOMBRE DEL PADRE Y DEL
HIJO Y DEL ESPÍRITU SANTO

Dirigimos un himno de acción de gracias a Dios adorado en La Trinidad, que nos ha permitido reunirnos en estos días de Pentecostés en la isla de Creta, santificada por el apóstol de las naciones Pablo y su discípulo Tito, “verdadero hijo en la fe que nos es común” (Tito 1, 4), y acabar, bajo la inspiración del Espíritu Santo, los trabajos del santo y gran Concilio de nuestra Iglesia ortodoxa –convocado por Su Santidad el patriarca ecuménico Bartolomé. Con el acuerdo de Sus Beatitudes y Primados de las Santísimas Iglesias ortodoxas autocéfalas, para gloria de su bendito Nombre, y para el provecho del pueblo de Dios y del mundo entero, confesando con el divino Pablo: “De tal modo que se nos considere como siervos de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios” (1 Co 4, 1),

El santo y gran Concilio de la Iglesia una, santa, católica y apostólica constituye un auténtico testimonio de fe en Cristo Dios-hombre, Hijo único-engendrado y Verbo de Dios, quien, por su Encarnación, su entera obra en la tierra, su Sacrificio en la Cruz y su Resurrección, ha revelado al Dios Trino como amor infinito. Por ello, con un solo corazón y una sola voz dirigimos, en concilio, la palabra de “Nuestra esperanza” (Cf. 1 Pe 3, 15)

* Traducción del texto en lengua francesa ofrecido por la secretaría del concilio por el prof. Dr. Fernando Rodríguez Garrapucho.

no sólo a los fieles de nuestra santísima Iglesia, sino también a los que “en otro tiempo estaban alejados y ahora se han acercado (Ef 2, 13). “Nuestra esperanza” (1 Tim 1, 2) el Salvador del mundo se reveló como “Dios con nosotros” (Mt 1, 23) y como “Dios por nosotros” (Rm 8, 32) “que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad” (1 Tim, 2, 4). Proclamamos el amor sin esconder los dones, conscientes de las palabras del Señor: “El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán” (Mt 24, 35). Con alegría anunciamos la palabra de la fe, de la esperanza y del amor, esperando “el día que no tiene ocaso, ni mañana, ni fin” (Basilio el Grande, *Homilías sobre el Hexaemeron* II, PG 29, 52, SC 26bis, p. 185). El hecho de que nuestra ciudad está “en el cielo” (Ef 3, 20), no impide, sino que refuerza nuestro testimonio en el mundo.

En esto, nos amoldamos a la Tradición de los Apóstoles y a nuestros Padres que anunciaron a Cristo y la experiencia salvadora de la fe de la Iglesia, haciendo teología en vistas a “prender con redes” –es decir, conforme al apostolado– a los hombres de todo tiempo, para transmitirles el evangelio de la libertad de Cristo (cf. Gal 5, 1). La Iglesia no vive para sí. Ella ofrece a la humanidad entera la elevación y la renovación del mundo en los cielos nuevos y una tierra nueva (Ap 1, 21). Desde entonces, ella ofrece el testimonio evangélico y comparte los dones que Dios dispensa a la humanidad: su amor, su paz, la justicia, la reconciliación, la fuerza de la Resurrección y la esperanza de la eternidad.

* * *

I. LA IGLESIA COMO CUERPO DE CRISTO, ICONO DE LA TRINIDAD

1. La Iglesia una, santa, católica y apostólica es *la comunión divino-humana a imagen de la Trinidad*; el anticipo y la experiencia de los fines últimos vivida en la divina Eucaristía; la revelación de la gloria de los bienes futuros; en cuanto Pentecostés permanente la voz profética que no se apaga jamás en el mundo; la presencia y el testimonio del Renio de Dios “que llega con poder” (Mc 9, 1). Como Cuerpo de Cristo, la Iglesia “reúne” (cf. Mt 23, 37), transfigura y alimenta al mundo con “agua que se convierte en él en una fuente que brota hasta la vida eterna” (Jn 4, 14).

2. La tradición apostólica y patrística – obediente a las palabras del Señor y fundador de la Iglesia en la Santa Cena con sus discípulos, instituyendo el sacramento de la Divina Eucaristía – ha puesto de relieve el concepto de la Iglesia como “Cuerpo de Cristo” (Mt 26, 26; Mc 14, 22; Lc 22, 19; 1 Cor 10, 16-17; 11, 23-29). Ella lo asocia siempre al misterio de la Encarnación del Hijo y Verbo de Dios, del Santo Espíritu y de la Virgen María. En este espíritu, ella ha puesto siempre el acento en la relación indefectible, tanto entre el misterio de la divina economía en Cristo y el de la Iglesia, como entre el misterio de la Iglesia y el sacramento de la divina Eucaristía, asegurado sin cesar en la vida sacramental de la Iglesia mediante la obra del Espíritu Santo.

La Iglesia ortodoxa, fiel a esta tradición apostólica y experiencia sacramental unánime, es la continuidad auténtica de la Iglesia una, santa, católica y apostólica, tal como ella es confesada en el Credo y confirmada por la enseñanza de los Padres de la Iglesia. De esta suerte, ella es consciente de la mayor responsabilidad que le incumbe, consistente no solamente en hacer vivir el pléroma de esta experiencia auténtica, sino también en aportar a la humanidad el testimonio creíble de la fe.

3. En su unidad y su catolicidad, la Iglesia ortodoxa es la Iglesia de los Concilios desde la Asamblea de los apóstoles en Jerusalén (Hech 15, 5-29). *La Iglesia es en sí un Concilio establecido por Cristo y guiado por el Espíritu Santo, según la palabra apostólica “El Espíritu Santo y nosotros hemos decidido”* (Hech 15, 28). Mediante los Concilios ecuménicos y locales, la Iglesia anunció y anuncia el misterio de la Santa Trinidad, revelado por la Encarnación del Hijo y Verbo de Dios. El trabajo conciliar prosigue sin interrupción en la historia mediante los concilios más recientes, que poseen una autoridad universal, sobre todo: el Gran Concilio (879-880) convocado por Focio, patriarca de Constantinopla; los convocados en el tiempo de san Gregorio Pálamas (1341, 1351, 1368), donde se confirmó la verdad de la fe, señalando sobre todo la participación del hombre en las energías divinas increadas y sobre la procesión del Espíritu Santo; por otra parte, están los santos y grandes Concilios reunidos en Constantinopla: el de 1484, para refutar el Concilio de unión de Florencia (1438-1439); los de los años 1638, 1642, 1672 y 1691

para refutar las tesis protestantes, así como el de 1872 para condenar el etno-filetismo como herejía eclesiológica.

4. Fuera del cuerpo de Cristo “que es la Iglesia” (cf. Ef 1, 23; Col 2, 17) la santidad es inconcebible. *La santidad emana del único Santo*; para el ser humano se trata de participar en la santidad de Dios en la “comunión de los santos”, como afirma el sacerdote durante la celebración de la divina Liturgia. “Los santos dones a los santos” – así como en la respuesta de los fieles “Un solo Santo, un solo Señor, Jesucristo, para gloria de Dios Padre. Amén”. En este sentido, s. Cirilo de Alejandría subraya también a propósito de Cristo: “siendo también Él mismo Dios por naturaleza (...) es santificado a causa de nosotros en el Espíritu Santo (...). Y él ha hecho esto por nuestra causa, no a favor suyo, a fin de que en Él y por Él, siendo el primero en haber recibido la santificación, pueda en adelante pasar a la humanidad la gracia de la santificación...” (*Comentario sobre el Evangelio de S. Juan*, 11. PG 74, 548).

Por consiguiente, según san Cirilo, Cristo es nuestra “persona común” por la recapitulación de la naturaleza humana entera en su propia humanidad: “Nosotros estábamos todos en Cristo y la persona común de la humanidad es regenerada en Él” (*Comentario sobre el Evangelio de S. Juan*, 11. PG 73, 161). Es por lo que Él es la única fuente de santificación de la humanidad. En este sentido la santidad es la participación de la humanidad en el misterio de la Iglesia así como en sus santos sacramentos, que tienen como centro la Divina Eucaristía, en tanto que “sacrificio vivo, santo y agradable a Dios” (cf. Rm, 12, 1). “¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada? Tal como está escrito: *Por tu causa somos arrojados a la muerte todo el día, tratados como ovejas destinadas al matadero*. Pero en todo esto vencemos gracias a Aquél que nos ha amado” (Rm 8, 35-37). Los santos encarnan la identidad escatológica de la Iglesia, como acción de gracias permanente delante del Trono terrestre y celeste del Rey de la gloria, reflejando el Reino de Dios.

5. La Iglesia ortodoxa universal está compuesta por catorce Iglesias autocéfalas locales, reconocidas a nivel panortodoxo. El principio de autocefalía no debería obrar en detrimento del principio de catolicidad y de unidad de la Iglesia. Por tanto,

consideramos que *la creación de Asambleas episcopales en la Diáspora ortodoxa* –cada una de ellas compuestas por obispos canónicos reconocidos, los cuales hasta el presente continuaban dependiendo de las jurisdicciones canónicas de las que surgieron– constituye un importante paso adelante hacia su organización canónica, y que su funcionamiento regular garantiza el respeto al principio eclesiológico de conciliaridad.

II. LA MISIÓN DE LA IGLESIA EN EL MUNDO

6. El apostolado y el anuncio del Evangelio –o acción misionera– pertenece al núcleo de la identidad de la Iglesia: se trata de salvaguardar el mandato del Señor y conformarse a él: “Id, pues, y haced discípulos en todas las gentes” (Mt 28, 29). Es el “soplo de vida” que la Iglesia otorga a la sociedad humana y que *eclesializa* el mundo a través del establecimiento de nuevas Iglesias locales. En este espíritu, los creyentes ortodoxos son y deben ser apóstoles de Cristo en el mundo. Este apostolado debe realizarse no de manera agresiva, sino libremente, en el amor y el respeto por la identidad cultural de los individuos y de los pueblos. Todas las Iglesias ortodoxas deben participar en este esfuerzo respetando debidamente la disciplina canónica.

La participación en la divina Eucaristía es una fuente de ardor apostólico para evangelizar el mundo. Participando en la divina Eucaristía y orando en la santa Asamblea a lo largo de toda la tierra habitada, somos llamados a prolongar la “liturgia tras la Divina liturgia”; a testimoniar la verdad de nuestra fe ante Dios y ante los hombres; a compartir los dones de Dios con la entera humanidad; y todo esto en obediencia al claro mandamiento del Señor antes de su Ascensión: “seréis mis testigos en Jerusalén en toda Judea y Samaría y hasta los confines de la tierra” (Hech 1, 8). Las palabras pronunciadas ante la divina Comunión – “El Cordero de Dios es fraccionado y compartido, Él es fraccionado pero no dividido, Él es siempre alimento y jamás se agota, mas Él santifica a quienes comulgan con Él” – sugieren que Cristo, en cuanto “Cordero de Dios” (Jn 1, 29), y en cuanto “alimento de vida” (Jn 6, 48), se nos ofrece como amor eterno, uniéndonos a Dios y unos con otros. La Eucaristía nos enseña a compartir los dones de Dios y a ofrecernos a nosotros mismos por todos, al modo de Cristo.

La vida de los cristianos es un testimonio irrefutable de la renovación de todo en Cristo: “Por tanto, si alguno está en Cristo es una nueva criatura. El mundo viejo ha pasado, he aquí que ha llegado una realidad nueva” (2 Cor 5, 17). Es una llamada lanzada a la humanidad para participar personalmente, con toda libertad, en la vida eterna, en la gracia de nuestro Señor Jesucristo y en el amor de Dios Padre, a fin de vivir en la Iglesia la comunión del Espíritu Santo: “queriendo vivir el misterio de salvación con pleno agrado y no por la fuerza” (Máximo el Confesor, PG 90, 880). La reevangelización del pueblo de Dios en las sociedades contemporáneas secularizadas, así como la evangelización de los que todavía no conocen a Cristo, es para la Iglesia un deber constante.

III. LA FAMILIA - ICONO DEL AMOR DE CRISTO POR SU IGLESIA

7. La Iglesia ortodoxa considera la unión indisoluble que une al hombre y a la mujer en el amor como un “gran misterio ... de Cristo y de la Iglesia” (Ef 5, 32) y ella se interesa por la familia que resulta de él. Es la única garantía para el nacimiento y la educación de los hijos según el plan de la divina economía en tanto que “pequeña Iglesia” (S. Juan Crisóstomo, *Comentario a la epístola de los Efesios*, 20, PG 62, 143), ofreciendo a la familia el soporte pastoral necesario.

La crisis contemporánea del matrimonio y de la familia ha surgido como una crisis de la libertad, que se ha reducido a una realización de sí dedicada a la persecución de la felicidad; asimilada a una fatuidad, autarquía y autonomía individual; que conlleva la pérdida del carácter sacramental de la unión del hombre y de la mujer; y que olvida el ethos sacrificial del amor. La sociedad secularizada de nuestros días aborda el matrimonio a partir de criterios puramente sociológicos y pragmáticos, considerándolo como una simple forma de relación, entre otras, que reivindica el derecho de igualdad para beneficiarse de una garantía institucional.

El matrimonio es un taller de vida en el amor nutrido por la Iglesia, y un don incomparable de la gracia de Dios. La “mano poderosa” del Dios “unificador” “invisiblemente presente une a las cónyuges” a Cristo y uno al otro. Las coronas

depositadas en las cabezas de los esposos en la celebración del sacramento hacen referencia al sacrificio y a la entrega a Dios, y a los esposos entre sí. Ellos representan así la vida del Reino de Dios, poniendo de relieve la referencia escatológica del misterio del amor.

8. *El Santo y gran Concilio se dirige con un amor y ternura particular a los niños y a todos los jóvenes.* De entre las múltiples definiciones contradictorias a propósito de la infancia, nuestra santísima Iglesia subraya las palabras de Nuestro Señor: “si no os convertís y no os hacéis como niños pequeños, no entraréis en el reino de los cielos” (Mt 18, 3) y “quien no acepta el reino de Dios como un niño no podrá entrar en él” (Lc 18, 17), así como nuestro Salvador les dijo a los que “impedían” a los niños seguirle a él y a los que les “escandalizan” (Mt 18, 6).

La Iglesia no ofrece a la juventud solamente “ayuda”, sino “la verdad”, la de la vida nueva divino-humana en Cristo. La juventud ortodoxa debe tomar conciencia de que ella es portadora de una tradición multiseccular y bendita de la Iglesia ortodoxa, y al mismo tiempo la continuadora de esta tradición que hay que preservar con valentía cultivando con fuerza los valores eternos de la Ortodoxia, a fin de dar un testimonio cristiano vivificante. De esta juventud surgirán los futuros servidores de la Iglesia de Cristo. De modo que los jóvenes no son únicamente el “futuro” de la Iglesia, sino también la expresión activa de su vida al servicio del hombre y de Dios en el presente.

IV. LA EDUCACIÓN SEGÚN CRISTO

9. En nuestros días, el tema de La formación y de la educación ha sido sacudido por controversias que conciernen, no solamente al contenido y a los fines de la educación, sino también a la nueva percepción de la infancia, el papel del profesor y del alumno, así como el de la escuela moderna. Puesto que *la educación concierne no solo a lo que es el hombre, sino a lo que debe ser*, así como la medida de su responsabilidad, es evidente que la imagen que nos hacemos del hombre y del sentido de su existencia determina también nuestro punto de vista en lo que respecta a su educación. Individualista, secularizado y la búsqueda solo de felicidad, el sistema educativo dominante

hoy, de la cual la nueva generación hace el gasto, preocupa también a la Iglesia ortodoxa.

La educación ocupa el centro de la solicitud pastoral de la Iglesia en vista no solamente de la cultura intelectual, sino también de la edificación y del desarrollo del ser humano en su conjunto, como entidad psicósomática y espiritual, según la cuestión de los tres conceptos: *Dios, hombre, mundo*. En su discurso catequético, la Iglesia ortodoxa llama afectuosamente al pueblo de Dios, sobre todo a la juventud, a la participación consciente y activa a la vida de la Iglesia, cultivando en ella “la aspiración perfecta” a la vida en Cristo. Así el pléroma cristiano encuentra en la comunión divino-humana de la Iglesia un apoyo existencial, a fin de vivir la perspectiva pascual de la deificación por gracia.

V. LA IGLESIA ANTE LOS DESAFÍOS CONTEMPORÁNEOS

10. La Iglesia de Cristo está hoy confrontada con manifestaciones extremas, es decir, provocadoras del secularismo, inherentes a las evoluciones políticas, culturales y sociales del mundo moderno. Un elemento fundamental del secularismo fue y sigue siendo la idea de sustraer totalmente lo humano a Cristo y al influjo espiritual de la Iglesia, además, asimilando arbitrariamente a la Iglesia con el conservadurismo y desdeñando la historia, alegando que la Iglesia es un obstáculo al progreso y a la evolución. En nuestras sociedades secularizadas, sustraídas a sus raíces espirituales, el hombre confunde su libertad y el sentido de su vida con una autonomía absoluta, con una liberación respecto a su destino eterno. Esto produce toda una serie de malentendidos. Así, la libertad en Cristo dispensada de lo alto y el progreso que conduce “a la edad adulta, a la medida de Cristo en su plenitud” (Ef 4, 13) son considerados como frenos a las disposiciones auto-salvadoras del ser humano. El amor dispuesto al sacrificio es juzgado como incompatible con el individualismo, así como el carácter ascético del ethos cristiano, que es visto como un desafío intolerable lanzado a la consecución de la felicidad individual.

Asimilar la Iglesia a un conservadurismo irreconciliable con el progreso de la civilización es un alegato arbitrario y

abusivo, pues la conciencia nacional de los pueblos cristianos lleva la marca indeleble de la contribución secular de la Iglesia no solamente en su patrimonio cultural, sino también del sano desarrollo de la civilización secular en general, puesto que Dios ha puesto al hombre como gerente de la creación divina, asociado a Su obra. En lugar del “hombre-dios” contemporáneo *la Iglesia ortodoxa afirma al “Dios -hombre” como medida última de todo*: “No hablamos del hombre deificado, sino de Dios hecho hombre” (Juan Damasceno, *Exposición de la fe ortodoxa*, 3, 2, PG 994, 988). Ella expone la verdad de la fe salvadora del Dios-hombre y Su Cuerpo, la Iglesia, como lugar y modo de vida en libertad. Ella permite “decir la verdad en el amor” (cf. Ef, 4, 15); participar también, ya en la tierra, de la vida de Cristo resucitado. El carácter divino-humano de la Iglesia –“que no es de este mundo” (Jn 18, 36), que alimenta y dirige su presencia y su testimonio “en el mundo”– le prohíbe conformarse con este mundo (cf. Rom 12, 2).

11. El desarrollo actual de las ciencias y de la tecnología está a punto de cambiar nuestra vida. Ahora bien, todo lo que engendra un cambio en nuestra vida exige que hagamos discernimiento. Pues, excepto los importante beneficios –por ejemplo los que facilitan la vida cotidiana, los que permiten tratar enfermedades anteriormente incurables y los de ir más lejos en la búsqueda espacial –estamos también confrontados con las consecuencias negativas del progreso científico: riesgos tales como la manipulación de la libertad humana, la instrumentalización del ser humano, la pérdida gradual de preciosas tradiciones, la degradación o destrucción del medio ambiente natural.

Por su naturaleza, la ciencia misma no dispone por desgracia de los medios necesarios para prevenir o curar un buen número de problemas que ella genera directa o indirectamente. *El conocimiento científico no pone en movimiento la voluntad moral del hombre*, quien conociendo los riesgos, continúa obrando como si él no estuviese advertido. Sin una aproximación espiritual es imposible dar respuesta a los graves problemas existenciales y éticos del ser humano, ni al sentido eterno de su vida y la del mundo.

12. En nuestros días, los progresos impresionantes efectuados en el campo de la biología, de la genética y de la

neuropsicología del cerebro suscitan un entusiasmo generalizado. Se trata de conquistas científicas en las que el abanico de aplicaciones es susceptible de generar graves dilemas antropológicos y éticos. *El uso incontrolado de la biotecnología en el principio, la duración y el final de la vida compromete la verdadera plenitud de la misma.* Por primera vez en su historia el hombre se lanza a experimentos extremos y peligrosos sobre su propia naturaleza. El riesgo de ser transformado en rueda biológica, en unidad social o en aparato del pensamiento controlado.

La Iglesia ortodoxa no quiere quedar al margen del debate que lleva a cuestiones antropológicas, éticas y existenciales de tal importancia. Ella se apoya sobre los criterios dictados por Dios para demostrar la actualidad de la antropología ortodoxa ante la subversión contemporánea de valores. Nuestra Iglesia puede y debe manifestar en el mundo su consciencia profética en Jesucristo, el cual, en la Encarnación asumió toda la condición humana y es el modelo absoluto de la restauración del género humano. Ella afirma que la vida del ser humano es sagrada y que posee el atributo de persona desde su concepción. Nacer es el primero de los derechos del hombre. La Iglesia –como comunión divino-humana en el seno de la cual cada hombre es una entidad única destinada a comulgar personalmente con Dios– se resiste a todo intento de reducir el ser humano a la condición de objeto, y a convertirlo en dato medible. Ninguna conquista científica está autorizada a atentar contra la dignidad y el destino divino del hombre. El ser humano no está sólo determinado por sus genes.

Sobre esta base se funda la *Bioética* desde el punto de vista ortodoxo. En una época de imágenes contradictorias sobre el hombre, ante concepciones seculares, autónomas y reductoras, la Bioética ortodoxa afirma la creación a imagen y semejanza de Dios, y el destino eterno del ser humano. Ella contribuye así a enriquecer el debate filosófico y científico que conduce a cuestiones bioéticas aportando a ello la antropología bíblica y la experiencia espiritual de la Ortodoxia.

13. En una sociedad mundial centrada en el “tener” y el individualismo, la Iglesia ortodoxa universal propone la verdad de la vida en Cristo y según Cristo, libremente encarnada en la vida cotidiana de cada ser humano mediante su trabajo

realizado “hasta el ocaso” (Sal 103, 23) por medio del cual él se convierte en colaborador del Padre eterno – “*pues trabajamos juntos en la obra de Dios*” (1 Cor 3, 9) – y de Su Hijo (“Mi Padre trabaja hasta ahora, y yo también trabajo” Jn 5, 17). La gracia de Dios santifica todas las obras del hombre que coopera con Dios, poniendo de relieve en ellas la afirmación de la vida y la comunión humana. En este contexto se sitúa la ascesis cristiana, radicalmente diferente de todo ascetismo dual que aísla al hombre de la sociedad y de su prójimo. *La ascesis cristiana y la templanza*, que religa al hombre a la vida sacramental de la Iglesia, no concierne sólo a la vida monástica, sino que son atributos de la vida eclesial en todas sus manifestaciones, un testimonio tangible de la vida del espíritu escatológico en la existencia bendecida de los fieles ortodoxos.

14. *Las raíces de la crisis ecológica son espirituales y morales.* Están inscritas en el corazón de cada ser humano. A lo largo de los últimos siglos, esta crisis se ha agravado a causa de numerosas divisiones generadas por las pasiones humanas, tales como la codicia, la avidez, la concupiscencia, el egoísmo, el espíritu depredador y sus resonancias sobre el planeta como el cambio climático, que ahora y en adelante amenaza seriamente el ambiente natural, nuestra “casa” común. La ruptura de la relación que religa al hombre y la naturaleza es una aberración, con respecto al verdadero uso de la creación de Dios. Para resolver el problema ecológico sobre la base de principios de la tradición cristiana, no sólo hay que hacer penitencia por el pecado de explotación a ultranza de los recursos naturales del planeta, es decir, cambiar radicalmente de mentalidad, sino también hay que practicar la ascesis como antídoto al consumismo, el culto a las necesidades y al sentimiento de posesión. Esto presupone también la inmensa responsabilidad que nos incumbe de legar a las futuras generaciones un medio ambiente natural viable y su uso conforme a la voluntad y a la bendición de Dios. En los sacramentos la creación es afirmada y el hombre es animado a obrar como ecónomo, guardián y “oficiante” de ella, presentándola al Creador como una acción de gracias –“Lo que es tuyo, lo que te pertenece, te lo ofrecemos en todo y por todo”– y cultivando una relación eucarística con la creación. Este concepto ortodoxo evangélico y patrístico llama también nuestra atención sobre aspectos sociales y las trágicas consecuencias que representa la destrucción del medio natural.

VI. LA IGLESIA ANTE LA GLOBALIZACIÓN, LA VIOLENCIA COMO FENÓMENO EXTREMISTA Y LA INMIGRACIÓN

15. *La teoría contemporánea de la globalización* –impuesta de forma silenciosa y propagada con rapidez– provoca fuertes torbellinos en la economía y la sociedad a escala mundial. La globalización impuesta ha generado nuevas formas de explotación sistemática y de injusticia social. Ella ha planificado la eliminación gradual de los obstáculos que representan las tradiciones nacionales, religiosas, ideológicas u otras que se la oponen. Ella ha llevado al debilitamiento con el fin de la desestructuración de las adquisiciones sociales en nombre de la reconstrucción de la economía mundial, considerada ser necesaria, haciendo crecer la brecha entre ricos y pobres, dinamitando la cohesión social de los pueblos y reavivando de nuevo focos de tensiones internacionales.

Ante procesos de homogeneización reductora e impersonal promovida por la globalización, también ante aberraciones del etno-filetismo, la Iglesia ortodoxa propone proteger la identidad de los pueblos y reforzar el carácter local. Como modelo alternativo para la unidad de la humanidad, ella expone su organización estructurada, basada sobre la igualdad de valor de las Iglesias locales. *La Iglesia* se opone a la amenaza provocadora que hoy pesa sobre el individuo y las tradiciones culturales de los pueblos que encierra la globalización.; ella se opone también al principio según el cual la economía posee su propia ley o “economismo”, es decir, la economía emancipada respecto a las necesidades vitales del hombre y transformada en fin en sí misma. La Iglesia *propone entonces una economía duradera, fundada en los principios del Evangelio*. Anclada en la Palabra del Señor: “No sólo de pan vive el hombre” (Lc 4, 4), ella no asocia el progreso del género humano a la sola mejora del nivel de vida o del desarrollo económico en detrimento de los valores espirituales.

16. La Iglesia no se mezcla con la política en el sentido estricto del término. Sin embargo, su testimonio es esencialmente político por cuanto es un cuidado hacia las personas y su libertad espiritual. *Su palabra* es bien distinta y permanecerá por siempre *un deber* de intervención a favor de los hombres. Las Iglesias ortodoxas locales, están hoy llamadas a establecer

una nueva relación armoniosa con el Estado de derecho en el nuevo contexto de las relaciones internacionales, de acuerdo con la afirmación bíblica: “Dad al Cesar lo que es del Cesar y a Dios lo que es de Dios” (Mt 22, 21). Esta cooperación debe salvaguardar la singularidad de la Iglesia y la del Estado, y asegurar una franca cooperación en provecho de la única dignidad humana de la cual emanan los derechos del hombre, y garantizar también la justicia social.

Los derechos del hombre están hoy en el centro de la política, como respuesta a las actuales crisis y cambios sociales y políticos, destinados a proteger la libertad del individuo. La Iglesia ortodoxa tiene un acercamiento crítico hacia los derechos del hombre, temiendo que el derecho individual no degenerare en individualismo y en movimiento reivindicativo de derechos. Tal aberración es perjudicial hacia el contenido comunitario de la libertad; confunde libertad y laxismo del individuo, erigiendo esta licencia en “valor universal” que mina los fundamentos de los valores sociales, de la familia, de la religión, de la nación y que amenaza valores éticos fundamentales.

La percepción ortodoxa del hombre se opone, por tanto, por una parte a la apoteosis arrogante del individuo y de sus derechos, y por otra a la humillación de la persona humana aplastada por las actuales gigantescas estructuras económicas, sociales políticas y de medios de comunicación. La tradición de la ortodoxia es para el hombre una fuente inagotable de verdades vitales. Nadie como Cristo y su Iglesia ha honrado tanto al ser humano y le ha cuidado tanto. La protección del principio de libertad religiosa en todas sus perspectivas es un derecho fundamental, es decir, la libertad de conciencia, de fe, de culto y todas las manifestaciones individuales y colectivas de la libertad religiosa, sin mezcla de ninguna clase por parte de los poderes públicos, así como la libertad de enseñar públicamente la religión y asegurar las condiciones de funcionamiento de las comunidades religiosas.

17. Hoy vivimos una recrudescencia de la violencia en nombre de Dios. Los fundamentalistas exacerbados en el seno de las religiones presentan el peligro de hacer valer la idea de que el fundamentalismo pertenece a la esencia del fenómeno religioso. La verdad es que en cuanto “celo no conforme a un pleno conocimiento” (Rm 10, 2), *el fundamentalismo constituye*

una manifestación mortífera de religiosidad. La fe cristiana verdadera, impresa en la Cruz del Señor, se sacrifica sin sacrificar; es por lo que ella es el juez más inexorable del fundamentalismo, cualquiera que sea su origen. El franco diálogo interreligioso contribuye al desarrollo de una confianza mutua en la promoción de la paz y de la reconciliación. La Iglesia lucha para hacer más tangible sobre la tierra la “paz de lo alto”. La verdadera paz no se obtiene por la fuerza de las armas, sino únicamente mediante el amor que “no busca su interés” (1 Cor 13, 5). El bálsamo de la fe debe servir para curar y para sanar las heridas antiguas del pasado y no para reavivar nuevos focos de odio.

18. *La Iglesia ortodoxa sigue, con dolor y en la oración, constatando la terrible crisis humanitaria que castiga con rigor nuestros días,* la propagación de la violencia y de los conflictos armados, la persecución, las deportaciones y las muertes cometidas contra miembros de minorías religiosas, la expulsión forzada de familias fuera de sus hogares, la tragedia del tráfico de seres humanos, la violación de los derechos fundamentales de los individuos y de los pueblos, así como conversiones religiosas forzadas. Ella condena categóricamente los raptos, las torturas, las atroces ejecuciones. Ella denuncia la destrucción de las iglesias, los símbolos religiosos y los monumentos culturales.

La Iglesia ortodoxa está particularmente preocupada por la situación de los cristianos, así como de otras minorías nacionales y religiosas perseguidas en Oriente Medio. Ella lanza particularmente una llamada a los gobiernos de los países de la región para proteger a las poblaciones cristianas, ortodoxas, Iglesias antiguas orientales y a los otros cristianos, que han sobrevivido en la cuna del cristianismo. Las poblaciones cristianas y las otras poblaciones indígenas poseen el derecho imprescriptible de permanecer en sus países como ciudadanos que gozan de igualdad de derechos.

Exhortamos, pues, a todas las partes implicadas, independientemente de sus convicciones religiosas, a trabajar en la reconciliación y en el respeto a los derechos humanos, y a proteger ante todo el don divino de la vida. Es preciso que cese la guerra y el derramamiento de sangre, y que prevalezca la justicia, para reencontrar la paz y hacer posible la vuelta de los que han sido expulsados de sus hogares ancestrales. Oramos

por la paz y la justicia en los probados países de África y de Ucrania. Reunidos en Concilio, reiteramos con fuerza nuestra llamada a los responsables para que liberen a los dos obispos raptados en Siria, Paul Yazigi y Yohanna Ibrahim. Rogamos también por la liberación de todos nuestros semejantes retenidos como rehenes y en cautividad.

19. *La imprevisible crisis* contemporánea de *refugiados y de emigrantes* por razones económicas, políticas y climáticas se agrava continuamente y ocupa el centro del interés mundial. La Iglesia ortodoxa no ha cesado de considerar a los que son apresados, los que están en peligro y en necesidad, conforme a las palabras del Señor: “pues tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; fui extranjero y me hospedasteis; desnudo y me vestisteis; enfermo y me visitasteis; en la cárcel y vinisteis a verme” (Mt 25, 35-36) y “¡en verdad os digo, que cada vez que lo hicisteis con un de estos más pequeños, mis hermanos, conmigo lo hicisteis!” (Mt 25, 40). A lo largo de su historia, la Iglesia siempre se ha encontrado al lado de “todos los que están fatigados y agobiados” (Mt 11, 28). En todo tiempo, la filantropía de la Iglesia no se ha limitado a un acto de caridad ocasional hacia el indigente y el sufriente, sino que busca eliminar las causas generadoras de problemas sociales. El “ministerio cumplido” por la Iglesia (Ef 4, 12) es reconocido por todos.

Por eso lanzamos una llamada –sobre todo a los que tienen la capacidad de erradicar las causas que generan la crisis de los refugiados– a tomar decisiones adecuadas en este sentido. Llamamos a las autoridades políticas, a los fieles ortodoxos y a los ciudadanos de los países de acogida, hacia los cuales los refugiados han afluído y continúan afluendo, a procurarles toda la ayuda posible en la medida de sus posibilidades.

VII. LA IGLESIA: DAR TESTIMONIO EN EL DIÁLOGO

20. La Iglesia es sensible frente a todos los que la han abandonado y sufre por todos los que ya no comprenden su voz. En su conciencia de ser la presencia viva de Cristo en el mundo, ella vehicula en acciones concretas la economía divina utilizando todos los medios a su disposición a fin de testimoniar la verdad

de forma creíble con el rigor de la fe apostólica. Partiendo de esta comprensión de su deber de testimonio y disponibilidad, en todo tiempo, *la Iglesia ortodoxa concede una gran importancia al diálogo*, sobre todo con los cristianos heterodoxos. Facilitando este diálogo, los otros cristianos conocen ya mejor la Ortodoxia y la pureza de su tradición. Ellos saben también que la Iglesia ortodoxa no ha aceptado jamás el minimalismo teológico o la puesta en duda de su tradición dogmática y de su ethos evangélico. Los diálogos intercristianos han sido una ocasión para la Ortodoxia de subrayar el respeto debido a la enseñanza de los Padres y de testimoniar en forma válida la tradición auténtica de la Iglesia una, santa, católica y apostólica. Los diálogos comprometidos por la Iglesia ortodoxa no han significado nunca y no significarán jamás el hacer compromisos de algún modo en materia de fe. Estos diálogos son un testimonio de la Ortodoxia apoyados en el mensaje evangélico: “ven y lo verás” (Jn 1, 46) y “Dios es amor” (1 Jn 4, 8).

* * *

En este espíritu, siendo la manifestación en Cristo del Reino de Dios, la Iglesia ortodoxa en el mundo entero vive el misterio de la divina economía en su vida sacramental centrada en la divina Eucaristía, la cual nos concede no un alimento perecedero y corruptible, sino el Cuerpo del mismo Señor, fuente de vida, “el Pan celestial” “que es remedio de inmortalidad, antídoto para no morir, sino para vivir en Jesucristo para siempre” (Ignacio de Antioquía, *Carta a los Efesios* XX, 1, PG 5, 756A). *La divina Eucaristía es el nudo central de la función conciliar del cuerpo eclesial*, así como la verdadera seguridad de la ortodoxia de la fe de la Iglesia, tal como afirma Ireneo de Lyon: “Entre nosotros, nuestra forma de pensar (enseñanza) está de acuerdo con la Eucaristía, y a su vez, la Eucaristía confirma nuestra forma de pensar” (*Adversus haereses* IV, 18, PG 7, 1028).

Evangelizando, pues, al mundo entero, conforme al mandamiento del Señor, y “predicando el arrepentimiento y la remisión de los pecados a todas las naciones” (cf. Lc 24, 47), debemos encomendarnos unos a otros y toda nuestra vida a Cristo nuestro Dios; debemos amarnos unos a otros confesando en concordia “al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, Trinidad consubstancial e indivisible”. Reunidos en Concilio, dirigiéndonos a los fieles

de nuestra santísima Iglesia ortodoxa y al mundo entero, caminando sobre la huellas de los santos Padres y obedeciendo a las decisiones conciliares que prescriben salvaguardar la fe apostólica transmitida y “conformarnos con Cristo” en nuestra vida cotidiana, en la esperanza de la “común resurrección”, rendimos gloria a la Divinidad en tres Personas, cantando:

“Padre todopoderoso, Verbo y Espíritu de Dios, Naturaleza Única en Tres Personas, Esencia y Divinidad Suprema, en Ti hemos sido bautizados y nosotros Te bendecimos por todos los siglos” (Canon pascual, oda 8).